

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Marginación cultural. Un estudio de grupos informales juveniles urbanos en ciudad de La Habana.

Elaine Morales Chuco y Jorge Peñate.

Cita:

Elaine Morales Chuco y Jorge Peñate. (2009). *Marginación cultural. Un estudio de grupos informales juveniles urbanos en ciudad de La Habana. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1861>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Marginación cultural

**Un estudio de grupos informales
juveniles urbanos en ciudad de La Habana**

MSc. Elaine Morales Chuco

Jorge Peñate

Centro de Estudios Sobre la Juventud (CESJ)

cesj@jovenclub.cu

Introducción

La crisis económica de los años 90, y la reforma operada para paliarla, provocaron una mayor diferenciación socioeconómica y la heterogeneización de la sociedad cubana. Con ello, se produjeron también cambios en la subjetividad; las percepciones, aspiraciones y las representaciones sociales, así como los comportamientos que de ellas se derivan en cada espacio de socialización, han recibido el impacto de los contenidos sociales de la época.

Los jóvenes constituyen un grupo especialmente conmocionado en varias facetas de su vida cotidiana. La protección gubernamental y política recibida, no ha podido evitar la huella de la crisis. Varios son los comportamientos juveniles estrechamente vinculados a la situación económica; por una parte, el aumento del desempleo selectivo, de la desvinculación del estudio y el trabajo, de la presencia en el sector informal y también en el emergente; asimismo, el incremento de la religiosidad, de la emigración, y de la insatisfacción con sus prácticas recreativas.

En este último aspecto convergen, sin dudas, distintos elementos: diferenciación económica y territorial, mayor influencia de modelos recreativos banales y pseudoculturales, e insuficiencia cuantitativa y cualitativa de la oferta; intervienen además, las distinciones individuales y grupales en la apropiación de los valores culturales. Tal convergencia de elementos económicos, sociales, culturales y psicosociales, cuya historicidad no se debe pasar por alto, redundan en un reconocido displacer con el contenido y la cobertura de la oferta recreativa.

En consecuencia, los jóvenes han desarrollado múltiples estrategias para compensar o revertir la insatisfacción; algunas de ellas, han sido estigmatizadas, se ubican entre los comportamientos catalogados como marginales o delictivos, o se relacionan con estos de alguna manera.

El escenario habanero constituye el más dinámico en este sentido; en él han proliferado grupos informales, que han dado nuevos sentidos a los vínculos juveniles, caracterizándose a tono con determinadas corrientes culturales y posesionándose de algunos espacios físicos. Tal es el caso de los grupos punk, repart, rockys, mickis, b-boys, entre otros. Al propio tiempo, se ha incrementado una oferta, fuera de los marcos del control social, que presenta opciones de recreación poco edificantes o perjudiciales para la formación de los jóvenes. Ambas corrientes han sido aceptadas por una parte importante de la juventud cubana, pero también han suscitado el rechazo y la marginación por parte de un sector no despreciable de la sociedad.

Un estudio exploratorio muestra algunos aspectos interesantes acerca de la identidad y la marginación de varios grupos, elementos estos que pueden constituir referentes para la comprensión de la generalidad de tal fenómeno en el país.

Notas sobre la dimensión cultural de la marginalidad

Los principales aportes asocian el origen de la marginalidad fundamentalmente a aspectos económicos, a la participación, al nivel de consumo y de acceso a la oferta de bienes y servicios. Se reconoce también

elementos residenciales, étnicos, religiosos, culturales, psicosociales y demográficos. Su configuración da cuenta de la aceptación o el rechazo de ciertos individuos y grupos en contextos específicos, mediado siempre por la subjetividad de quien margina.

Entre los indicadores más sobresalientes se hallan la condición de pobre, discapacitado, el distanciamiento del patrón cultural dominante, generalmente europeo y adultocéntrico, así como el nexo con la drogadicción, la mendicidad, la prostitución y el delito.

Varios autores han reconocido la dimensión cultural de la marginalidad. Germani (Leis, 1979; Ruezga, 1994) la asoció a las cuestiones educativas, ubicándola como la falta de acceso al patrimonio científico y artístico literario, y como parte de la dominación de las poblaciones autónomas. El propio Leis (1979) al hablar de las poblaciones marginales decía que sus prácticas cotidianas se convertían en cultura popular urbana, con lenguaje, ideología y moral propios; a lo que podemos agregar, que asume una función reguladora de esa propia práctica.

Cadena (1977) por su parte, asoció la marginalidad a la manipulación cultural acerca de las nociones de prestigio y bienestar, incitadora desde la propaganda a un consumismo alienante que afecta a los más desfavorecidos, pero también a quienes tienen cierto nivel de acceso a bienes, servicios y ambientes o círculos de relación. Hoy continúa exacerbándose la contraposición entre lo autóctono y los modelos impuestos desde los centros de poder, que avanzan en la dominación cultural de los pueblos, actuando a través de la creación de necesidades relativas a la tenencia y dependencia de ciertos objetos.

También Kaztman (1997) pondera los elementos culturales y plantea que la marginalidad se deriva del desequilibrio entre: las metas culturales que definen los estilos de vida a los que aspira la mayoría de la población y que son legitimados por la sociedad, las oportunidades para alcanzar tales metas, y las capacidades de los individuos para aprovechar las opciones existentes. Se le da un notable peso aquí a la subjetividad social, al entramado cultural, histórico y político de cada sociedad, que sustenta la existencia de determinados comportamientos y aspiraciones, así como la emergencia de otros nuevos.

Otros autores como Merlo y Milanese (2000) expresan, siguiendo un tanto la teoría de Moscovici sobre las minorías activas, que la marginalidad puede dotar a las personas de un cierto orgullo por su condición, de una identidad. Ella se muestra tras el efecto de varios procesos, entre los que ubican la cultura vista como baja escolaridad, incapacidad de utilizar los medios tecnológicos e informativos modernos, y pertenencia a una cultura marginalizada.

Marcial (1995) refuerza lo anterior, pues plantea que la marginalidad obedece a la incapacidad de una parte de la población para desarrollar un proceso de integración con individuos supuestamente marcados por diferentes razones, entre ellas su modo de vestir. A esto se puede agregar, desde nuestro punto de vista, la apariencia física, las preferencias y gustos en general.

Esta breve mirada a la dimensión cultural de la marginalidad, permite comprender su vinculación al despojo de la identidad originaria, a la subvaloración o minimización de lo autóctono, que puede estar

aparejado a la adopción de referentes artificialmente sobrevaluados, a la asimilación de modelos o patrones de pensamiento, de consumo y de conducta, opuestos a los que inicialmente definían la esencia de los grupos o individuos. Pero puede conducir también al afianzamiento de lo propio, de lo autónomo, a la construcción de una cultura de resistencia o de una contracultura que se rebele contra la banalidad y la ética del tener.

Asimismo, estar marginado desde la arista de la cultura, se asocia a la privación de la educación y de la información en cualquiera de sus variantes y niveles; a la falta de acceso al disfrute de las artes, la recreación y la interacción con grupos e individuos portadores o creadores del arte.

La marginación cultural es también una forma de discriminar lo diferente, de segregar criterios o comportamientos que se distancian de la creación artística dominante o de los patrones o modelos de un determinado “gusto” en las relaciones en general. La cultura, componente esencial de la sociedad y de las relaciones que en ella se entretajan, no es homogénea, capta la diferenciación entre individuos y grupos, y reconstruye para toda la sociedad elementos vitales para la reproducción de toda ella. Es por tanto, portadora de las distinciones del poder en cualquier esfera, de la resistencia y también de la oposición.

Cuba: Marginalidad y juventud

La comprensión del fenómeno de la marginalidad en Cuba, no se circunscribe a los aspectos económicos. Un grupo de autores cubanos (Valdés Paz et al, 2001) resumen como rasgos fundamentales que acompañan al proceso de marginalización en Cuba las dificultades con la vivienda, los flujos migratorios, el incremento de la desigualdad y la pobreza, las diferencias culturales, la discriminación, los problemas de exclusión social, los cambios en la subjetividad y en los valores, junto a la desorganización familiar.

Plantean que tal fenómeno tiene características propias en la sociedad cubana que lo distancian de otros países de la región. Esta distinción, en nuestro criterio, está asociada a los beneficios derivados de las políticas sociales cubanas que garantizan un nivel no despreciable de inclusión para todos los habitantes en aspectos básicos como salud, educación, seguridad social; y que al propio tiempo, mantiene un nivel mínimo de consumo de alimentos, entre otros elementos importantes.

Asocian la marginalidad a la definición de lo legítimo, lo correcto y lo normal, que en consecuencia, conduce a la clasificación y estigmatización de determinadas personas y grupos. Sobresale aquí la construcción y reconstrucción de prejuicios, el establecimiento de una escala valorativa, donde queda

establecido lo mejor o lo peor, menospreciando lo diferente (Valdés Paz et al, 2001; Hernández et al, 2004).

Algunos estudios revelan la insatisfacción de una parte de la población cubana con sus niveles de acceso a los bienes y servicios, así como la falta de efectividad de las vías y mecanismos tradicionales de inserción social, para revertir esta situación; ello supone una desconexión entre las metas y aspiraciones transmitidas generacionalmente y compartidas por determinados grupos, y las posibilidades reales de hacerlas efectivas.

A lo anterior se añaden los elementos subjetivos; la percepción de estar en tales situaciones genera minusvalía y frustración, así como automarginación; estos elementos reducen las posibilidades de cada sujeto o grupo para elaborar un enfrentamiento constructivo. Se tejen conexiones entre aspectos supuestos y reales, elaboraciones que matizan las aspiraciones, los proyectos de vida, y otras construcciones psicológicas y, que se expresan en determinados modos de pensar y de actuar. Todo ello ha condicionado el surgimiento o resurgimiento de conductas marginales, enajenantes, que pugnan por legitimarse en la sociedad cubana, al extenderse entre las generaciones más jóvenes.

Se renovaron la mendicidad, la prostitución, y la drogadicción, comportamientos estos que si bien no son totalmente aceptados, han tenido en algunos sectores una débil oposición. Asimismo, se ha incrementado la discriminación hacia determinados individuos o grupos, debido a que sus características sociodemográficas, económicas, culturales o religiosas, no son representativas de los patrones de éxito y poder que tratan de imponerse. La aceptación o el rechazo recibido han despertado, por una parte, el fortalecimiento de algunas identidades individuales y colectivas, y por otra, el debilitamiento de aquellas empobrecidas psicológicamente.

Los símbolos de éxito, y los modelos en general, de una parte de los jóvenes, cuya socialización ha estado signada por la crisis y la reforma económica, se han ido acercando o asemejando, a aquellos atributos que representan o respaldan los comportamientos antes señalados; así, han puesto el énfasis en la inmediatez de los aspectos de índole material, y se han distanciado de aquellos centrados en lo espiritual y con carácter mediato. La aceptación y reproducción de estos comportamientos por adolescentes y jóvenes tiene consecuencias negativas para la sociedad cubana.

Marginación cultural y grupos juveniles urbanos capitalinos

Una de las vías de acercarse a la cultura de una nación, de un grupo o de una persona en específico, lo constituye el análisis de la ocupación del tiempo libre, pues en esta esfera de la vida cotidiana se tejen relaciones, se realizan un conjunto de actividades recreativas en función de los espacios y tiempos disponibles y se satisfacen importantes necesidades. En este ámbito se establecen también patrones acerca de lo aceptado o lo rechazado, en función de los cuales se discriminan determinadas prácticas.

La recreación como forma de ocupación del tiempo libre da cuenta de la cultura dominante, pero también de las alternativas, tal vez menos evidentes, presentes sólo en determinados grupos, y generalmente incomprendidas y poco difundidas.¹ En este sentido, puede revelar la diversidad juvenil.

La juventud cubana es diversa en tanto no puede ser ajena a las diferencias socioeconómicas de las familias y de los territorios, que constituyen el punto de partida para satisfacer un grupo de necesidades importantes, tales como vestuario, calzado, transportación, recreación, entre otros aspectos. A ello se une la diversidad en cuanto a percepciones, aspiraciones, valores, representaciones sociales y proyectos de vida, además de otras formaciones psicológicas que ponen en evidencia la existencia de una juventud heterogénea en consonancia con la época en que le correspondió vivir.

Uno de los aspectos más notables en la diferenciación juvenil, es la percepción acerca de la satisfacción con la situación económica y particularmente con el consumo recreativo, donde se revelan satisfacciones e insatisfacciones.

Las insatisfacciones en materia de recreación no surgieron precisamente con la crisis de los 90; la falta de correspondencia entre las preferencias juveniles y la oferta, constituyó elemento importante también de la juventud cubana de los 80. La crisis, sin embargo, profundizó la situación y aportó nuevos matices.

Los estudios reportan que las insatisfacciones se inscriben tanto en el contenido como en la cantidad de la oferta, lo cual quiere decir que existe una parte de los jóvenes, cuyos gustos y preferencias no encuentran respaldo suficiente entre las opciones que conforman la oferta de las instalaciones, particularmente las habaneras. Igualmente, las alternativas que se corresponden con el gusto juvenil no son suficientes, lo cual habla de las dificultades con la cobertura. (Jiménez, 2007).

¹En el análisis de este tema se ha empleado el término de cultura juvenil, que si bien ha sido criticado y desechado por algunos estudiosos, continúa siendo a nuestro juicio un aporte para escudriñar en la realidad de lo juvenil.

Las tradiciones cubanas y las preferencias juveniles ubican la música y el baile como las mayores atracciones; a estas le siguen la playa, la visita a centros nocturnos y el turismo nacional. Mientras, la ocupación real del tiempo libre reporta como actividades más recurridas ver televisión, conversar con familiares y amigos, escuchar música, bailar en espacios informales, y la playa.

La distancia entre las preferencias y las actividades realizadas, está asociada, según los jóvenes a: los altos precios de las opciones preferidas y las dificultades con el transporte. Lo anterior se traduce primeramente en una oferta no diseñada para jóvenes, pues supera la disponibilidad de ingresos en esta etapa de la vida, y acrecienta la percepción de las diferencias entre los diferentes sectores sociales. De igual modo, los problemas relacionados con la movilidad pública, apuntan a la concentración de la oferta en municipios o zonas céntricas, lo que refuerza la desventaja de aquellos jóvenes residentes en barrios periféricos y especialmente, en localidades con una difícil situación socioeconómica.

La satisfacción o la insatisfacción con algunas de las actividades es más marcada en la etapa veraniega, en la que coinciden las vacaciones escolares, y en buena medida las laborales, con el período de más intenso verano. Todo ello hace que se active un gran dispositivo gubernamental, en función de responder a la elevada demanda, el cual aún resulta insuficiente. En tales momentos las estadías en la playa, el camping, y el turismo nacional en general, constituyen las alternativas más deseadas, y en ocasiones las grandes quimeras.

La oferta institucional ha reforzado en los últimos años la promoción de actividades enmarcadas dentro de la recreación sana y educativa, entre las que se encuentran la lectura, y el mayor acceso a las TICs, diseminado entre las más intrincadas comunidades.² A pesar de la amplia cobertura de estas alternativas y de la presencia de otras culturales y deportivas, las insatisfacciones persisten, pues se mantiene el desfase entre la oferta y la demanda. La primera se ha renovado, pero debe tomar más en cuenta las tradiciones en el ámbito recreativo y hacerlas asequibles a la juventud cubana de hoy. De otro lado, una parte de los jóvenes se mantiene sujeto al empleo del tiempo libre de modo poco edificante, no sólo en actividades de pobre contenido cultural, sino también en aquellas asociadas a la ingestión de bebidas alcohólicas y a las prácticas de alto riesgo.

² Se hace referencia a las Salas de video y a los Joven Club de Computación, diseñados para el uso colectivo, que favorezca la educación de los asistentes.

En buena medida las dificultades planteadas aquí a grandes rasgos, han suscitado la proliferación de grupos informales, que en algunos casos han replicado y en otros han recreado las tipologías de grupos y culturas descritas en importantes estudios de la región latinoamericana (Marcial, 2008).

Al menos dos espacios céntricos de la capital han captado en los momentos más recientes la atención de los jóvenes habaneros, ya sean frikis, repart, mickis, rockers, emos, trovadores u otros. Los jóvenes se concentran en los lugares, desde el final de cada noche de viernes y sábado, hasta bien entrada la madrugada del día siguiente; su presencia en tales lugares es fácilmente reconocida por la alta concentración de jóvenes, quienes se diferencian por los atuendos que conforman su identidad grupal. Los motivos de asistencia se justifican por el encuentro, el intercambio, la necesidad de confraternizar, de compartir un espacio, de hacer nuevas amistades, ampliando los límites grupales.

El contenido de los encuentros se centra mayormente en torno a la música, las conversaciones sobre temas de interés juvenil, y el intercambio de experiencias; transita asimismo por la exhibición de vestuario y calzado de moda, asociado al consumismo y a la banalidad; y puede llegar al consumo de bebidas alcohólicas, al irrespeto al vecindario, y a otras manifestaciones que afectan el equilibrio social.

Si no bastaran estos últimos elementos, la sola apariencia física de una parte de los jóvenes, y la elevada concentración que aparenta “tomar la calle”, genera el rechazo en un sector de la sociedad, tanto joven como adulto. Reciben una mirada estigmatizadora desde aquellos coetáneos que no se sienten atraídos por tal dinámica social, o no se atreven a transgredir la norma del “buen comportamiento juvenil.”

La estancia de jóvenes en el Malecón habanero o en la calle G³, pudiera representar al decir de Dina Krauskopf (2000), una forma de visibilización aterrante de la juventud, que “agrede”, por su dimensión física y su connotación social, la imagen de una juventud atinada y satisfecha.

Aunque prima la armonía en las relaciones intergrupales en los lugares señalados, en calle G se ha observado la compartimentación del largo espacio disponible entre los distintos grupos, al tiempo que se reconoce la menor presencia de los llamados repart. A estos se les asocia al gusto por el reguetón, la salsa, la residencia en repartos de la periferia, y al predominio de negros y mestizos en su composición;

³ El Malecón habanero es un muro de hormigón, que bordea la costa a lo largo de varios municipios capitalinos, y que desde principios del siglo pasado constituye sitio de reunión informal de los habitantes de La Habana y de quienes la visitan, con el fin de descansar, admirar el mar, conversar y hasta enamorarse. La calle G, llamada oficialmente Avenida de los Presidentes, está ubicada en el centro de la capital y da espacio a varias plazas o parques que rinden homenaje a importantes presidentes latinoamericanos, y que al propio tiempo ha sido habitualmente lugar de tránsito, reunión y descanso de quienes habitan o visitan el barrio El Vedado, perteneciente al municipio Plaza que constituye en buena medida el centro recreativo y político administrativo de la capital y del país.

dada la combinación de tales características demográficas y culturales, y de los prejuicios existentes al respecto, este tipo de grupo ha sido catalogado como violento y problemático, por lo que su presencia en los espacios mencionados es menos común y en cierta medida rechazada. De modo semejante, los roqueros han sido también estigmatizados debido a su apariencia y a las características de su música.

Este proceso típico de la edad, fue igualmente estudiado en la década del 80, cuando también proliferaron impactantes grupos informales juveniles, cuyas propuestas recreativas, fundamentalmente artísticas, recabaron la atención de sus coetáneos y de las instituciones culturales del país.⁴ En aquel momento, los roqueros concentraban la estigmatización que emana de la sociedad en general.

En otros espacios de la ciudad y del país, se producen concentraciones –menores- de jóvenes ávidos de construir una identidad individual, colectiva y tal vez generacional, que comparten referentes, modelos de pensamiento y de conducta, más allá de aquellos habitualmente intercambiados en los espacios formales, precisamente porque allí pueden o suelen ser rechazados, minimizados o sencillamente obviados.

El acercamiento a algunos grupos permite brindar algunos elementos de interés. Un estudio realizado en la periferia de Ciudad de la Habana permitió identificar algunas semejanzas y diferencias con el fenómeno observado en el centro de la capital.⁵ En primer lugar se nota que el surgimiento y manifestación de tales agrupaciones juveniles no es privativo del **centro**, sino que se han irradiado, respondiendo a un condicionamiento generalizado, lo cual subraya a las agrupaciones informales como regularidad de la etapa juvenil, indica también la interconexión de experiencias y el intercambio de informaciones mediante redes no controladas socialmente. De algún modo, pudiera indicar también la dependencia de esta **periferia** con respecto al **centro**, y como tal, constituye la tendencia a replicar o tal vez a recrear un fenómeno que ha alcanzado relevancia y que puede otorgarles a sus protagonistas cierta significación en esta parte de la ciudad.

⁴ Durante la segunda mitad de los 80 se produjo desde la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, el estudio de los grupos informales juveniles emergidos en distintos barrios capitalinos, con énfasis en el proceso de influencia, en sus motivos de pertenencia y permanencia, así como en el clima psicológico, que alcanzaban diferenciándolos de los grupos formales. La comparación arrojó que en los informales predominaban los métodos persuasivos y las presiones moderadas en la influencia intragrupal, y se observaba además la coincidencia en los motivos de pertenencia y permanencia, los cuales giraban en torno a la recreación. La autora de esta ponencia centró en aquel momento el estudio de la influencia grupal.

⁵ Para esta breve información la autora se apoyará en la Tesis de Diploma “Marginación, identidad y grupos informales juveniles en San Miguel del Padrón,” que se ejecuta bajo su tutoría por parte del estudiante de la Licenciatura en Psicología Jorge Peñate. San Miguel del Padrón es un municipio ubicado en el sureste de la capital, caracterizado por el bajo poder adquisitivo de sus habitantes, la acumulación de problemas sociales, la alta presencia de migrantes de la región oriental y una elevada concentración de población joven.

Los ocho grupos estudiados responden a la clasificación de punk, rockers, emos y b-boys; llama la atención la ausencia de otras tipologías como repart y mickis, sobre todo la primera pues se corresponde con las características locales y la segunda porque está asociada a un alto nivel de vida, capaz de sustentar el constante seguimiento de los cambios de la moda, lo cual no se corresponde con las características de la localidad. El lugar de reunión no es una plaza céntrica, sino todo lo contrario, se trata del área trasera de un centro comercial poco atractivo para los pobladores del lugar, cuyas funciones y servicios son renovados cada cierto tiempo, tratando de justificar su existencia. El horario es igualmente durante las noches de los fines de semana, pero los encuentros tienen más corta duración, lo cual puede estar asociado a la falta de atractivo del lugar de reunión, así como a la menor concentración de jóvenes; ambos elementos reducen las posibilidades de intercambio y hasta la riqueza del mismo.

Los miembros de los grupos pertenecen fundamentalmente al sexo masculino y entre ellos se puede encontrar representación de blancos, negros y mestizos, bastante acorde con las características de la población cubana. Residen en el municipio y tienen diferente antigüedad dentro de la agrupación, y esto último influye en el reconocimiento de las normas grupales.

Los motivos de pertenencia y permanencia obedecen a la recreación y giran en torno a la música, el baile, y la conversación sobre temas de interés. Como es habitual en este tipo de grupo, la pertenencia resulta relevante en tanto espacio de aceptación mutua, de reconocimiento a las identidades individuales y a la colectiva, diferente y a veces opuesta a otras.

La mayor parte de ellos se identificó claramente con “su grupo”, atendiendo esencialmente a la similitud de gustos, forma de vestir, modos de pensar y formas de recrearse. Su pertenencia a otros grupos, como el barrial, no alcanza la misma aceptación aduciendo para ello el deterioro de los inmuebles, la violencia, una cierta “promiscuidad” en las relaciones entre los vecinos, y la ausencia de espacios de su agrado. Esta contraposición entre el grupo barrial y el “cultural” o de amigos, apunta al diferente papel que estos juegan en la satisfacción de las necesidades juveniles, que justifica la existencia de ambos, a despecho de las estigmatizaciones y rechazos que reciben los jóvenes al integrar los grupos informales.

Otro elemento importante explorado es la percepción de marginalidad, y en este sentido se pudo constatar que en su mayoría los jóvenes no se sienten rechazados, ni se perciben como marginados. Para ello aducen que no tienen limitaciones para acceder a espacios públicos y que tienen garantizados los principales servicios. Sin embargo, un reducido sector se ha sentido marginado al recibir la

estigmatización o descalificación atendiendo a su apariencia, su forma de vestir y su orientación sexual. Al propio tiempo, reconocen que grupos semejantes han sido confrontados con mayor relevancia, sobre todo fuera del municipio en sitios como calle G. La periferia actúan entonces como protectora, aunque no intencionalmente, sino justamente porque no se siente agredida con grandes concentraciones juveniles.

Algunas consideraciones finales

La dimensión cultural de la marginalidad, al igual que el fenómeno en toda su magnitud, debe ser analizada desde una perspectiva histórico-concreta. Esto permite una mejor comprensión de la cultura en un momento dado, y de todas aquellas expresiones que le pueden ser inherentes desde el punto de vista educativo, artístico e informacional, y que por tanto, son susceptibles de convertirse en referentes normativos y también en instrumentos para la valoración de la conducta y del pensamiento de individuos y grupos.

Los contenidos de la cultura, particularmente aquellos relativos a la recreación son susceptibles de convertirse en pivote para la descalificación de grupos e individuos, cuyas prácticas culturales no se corresponden con las formas típicas o mejor valoradas en determinados espacios.

Las prácticas culturales informales son típicas de la edad juvenil; no obstante, cobran mayor connotación cuando la oferta institucional se distancia en contenido y cobertura de las demandas juveniles. La permanencia de posturas extremas en lo informal y en lo institucional, ensancha la distancia entre las propuestas, aún cuando ambas contengan elementos positivos y favorables a los jóvenes.

Los grupos informales juveniles, cuyas prácticas recreativo-culturales, se distancian de lo valorado como normal, de lo típico, reciben la descalificación y hasta la estigmatización de una parte de la sociedad, que los valora en esencia por su apariencia y por las afectaciones que causan a las normas de convivencia social. Estas posturas no revierten el distanciamiento de las normas, en este caso de la oferta institucional, sino que pueden conducir a la automarginación como producto del autoreconocimiento en un espacio, en un conjunto de relaciones de aceptación y por tanto de reforzamiento de identidad.

La aproximación a la marginación cultural de grupos juveniles habaneros, ubicados en el centro o en la periferia, guarda puntos de contacto con los procesos estudiados en otros contextos. La especificidad está asociada a la intervención de lo institucional, en su función reguladora y educativa, y a los propios

motivos de pertenencia y permanencia constados en los grupos habaneros, los cuales siguen vinculados en esencia a la recreación y no constituyen una respuesta de oposición política generacional, ni a la más aguda antisocialidad.

Bibliografía

1. Cadena B, Félix Juan de Dios. 1997. La marginalidad y algunos de sus mecanismos en el contexto mexicano. En Nueva Sociedad, N° 30, mayo-junio, pp 39-47.
2. Colectivo de autores. 2005. Tercera Encuesta Nacional de Juventud. Informe de investigación, CESJ-ONE.
3. De la Torre, Carolina. 2001. Las identidades. Una mirada desde la psicología. Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinillo,” La Habana.
4. De la Torre, Carolina. 2003. Sobre los jóvenes cubanos. En El cubano de hoy: Un estudio psicosocial. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
5. Espina, Mayra. 2004. “Efectos sociales del reajuste económico: igualdad, desigualdad, y procesos de complejización en la sociedad cubana” en Pérez Villanueva, Omar Everlery. *Reflexiones sobre economía cubana*. La Habana: Ciencias Sociales.
6. Fuentes, Mara. 1996. Psicología social del grupo. Investigación y desarrollo de teorías. Ediciones Universidad de la Habana.
7. Hernández, Rafael et al. 2004. “¿Qué significa ser marginal?” en Los debates de Temas. Último jueves. La Habana: Unión.
8. Jiménez, Aramilka. (2007). Recreación 2007. Informe de investigación. Centro de Estudios Sobre la Juventud, Cuba.
9. Kaztman, Ruben. 1997. “Marginalidad e integración social en Uruguay” en Revista de la CEPAL (Uruguay) N° 62, Agosto, Separata.
10. Krauskopf, Dina. 2000. Cambio de paradigmas y participación política. Los jóvenes ante la ciudadanía. En Revista JOVENes, Nueva Época Año 4, N° 11, abril-junio, pág 142-157.
11. Krauskopf, Dina. 2004. Comprensión de la juventud. El ocaso del concepto de moratoria psicosocial. En Revista JOVENes Año 8, N° 21, julio-dic, pág 26-39.
12. Krauskopf, Dina. 2006. Adolescencia y educación. Editorial Universidad Estatal a Distancia. San José, Costa Rica.
13. Leis, Raúl Alberto. 1979. *La ciudad y los pobres. Las clases sociales en la ciudad transitista*, Panamá: CEASPA.

14. Marcial, Rogelio. 1995. "Infancia y marginación: la construcción social de la exclusión y sus tendencias negativas" en Universidad de Guadalajara (Guadalajara) N° 1, nueva época, oct-nov, México, pág 46 - 53.
15. Merlo Roberto, Milanese Efrem. 2000. "La construcción social de la juventud. Desde la prevención de la exclusión social." Merlo Roberto, Milanese Efrem (Coordinadores), *Miradas en la ciudad. Métodos de intervención juvenil comunitaria*. México. Colección Jovenes N°8, Instituto Mexicano de la Juventud,
16. Morales Chuco, Elaine. 1988. "El proceso sociopsicológico de influencia en grupos informales juveniles." Tesis de Diploma. Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.
17. Morales Chuco, Elaine. 2002. "La marginalidad en Cuba. Orígenes, evolución y tendencias actuales" en Ubieta Gómez, Enrique. *Vivir y pensar en Cuba*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
18. Ruezga Barba, A. 1994. *Estado, seguridad social y marginalidad*. México: Conferencia Interamericana de Seguridad Social.
19. Valdés Paz et al. 2001 "¿Entendemos la marginalidad?", Mesa Redonda en Temas N° 27, Octubre- Diciembre. La Habana.